

---

Special issue: *Unidad Popular de Chile a los 50*

Artículo

## La contrarrevolución chilena. Raíces, dinámicas y legados de la movilización de masas contra la Unidad Popular

Marcelo Casals (0000-0001-6746-4473)

Centro de Estudios de Historia Política, Escuela de Gobierno, Universidad Adolfo Ibáñez, Chile; marcelo.casals@uc.cl

---

### Derechos de autor:

© 2021, Marcelo Casals. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia de atribución Creative Commons (CC BY) 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es/>, que permite el uso, la distribución y la reproducción sin restricciones en cualquier medio, siempre que se acredite el autor y la fuente originales • DOI: <https://doi.org/10.14324/111.444.ra.2021.v6.1.013.es>

### Traducción:

Esta es una traducción del artículo original publicado por primera vez en la revista *Radical Americas*: Casals, M. 'The Chilean counter-revolution: Roots, dynamics and legacies of mass mobilisation against the Unidad Popular'. *Radical Americas* 6, 1 (2021): 13. DOI: <https://doi.org/10.14324/111.444.ra.2021.v6.1.013>.

Esta traducción se proporciona acceso abierto y está disponible gratuitamente para leer y reutilizar bajo los términos de la licencia de derechos de autor.

### Resumen:

La elección de Salvador Allende y la Unidad Popular en 1970 desató un radical y original proceso revolucionario, cuestión apreciable no sólo en la profundidad de las medidas redistributivas y las expectativas generadas, sino también en la ferocidad con que ese proyecto fue respondido por quienes se identificaron con un ideal contrarrevolucionario. Esa contrarrevolución inicialmente reducida a sectores conservadores y reaccionarios se transformó en cuestión de meses en una inmensa movilización de masas, que terminaría por pavimentar el camino hacia el golpe militar. Este ensayo analiza ese proceso contrarrevolucionario, explorando sus raíces históricas, los principales actores involucrados y la innovaciones en las prácticas políticas desarrolladas entonces. El “bloque contrarrevolucionario” formado por una diversidad de actores políticos y sociales -algunos de los cuales no tenían experiencia de movilización política previa- fundamentó su accionar en la adopción y socialización de un “guión” anticomunista de larga data, con el cual pudieron hacer sentido a la cambiante realidad de entonces. Ese “guión”, basado en décadas de recepciones de eventos de otras latitudes, elaboraciones y acusaciones contra todos aquellos identificados como comunistas, aspiró a reducir la originalidad del proyecto político de la Unidad Popular a una reedición en territorio chileno de las experiencias socialistas clásicas procesadas en clave distópica. La potencia de la contrarrevolución se proyectaría en la dictadura militar

iniciada en 1973 al convertirse en una suerte de ideología oficial de Estado, y se convertiría en una experiencia fundante de los sectores conservadores chilenos, con reverberaciones incluso en nuestros días.

**Palabras claves:** Contrarrevolución, Chile, Unidad Popular, Golpe de Estado, Derechas, Anticomunismo

### *1. Introducción*

Walden Bello, por entonces un joven estudiante doctoral de sociología de la Universidad de Princeton, llegó a Chile en agosto de 1972 para realizar la investigación de campo el marco de su tesis sobre el conflicto político durante la Unidad Popular. Si bien sus simpatías políticas estaban con Salvador Allende y la “vía chilena al socialismo”, su propia investigación lo llevó a interactuar con distintas personas de oposición, encontrándose en varias ocasiones en situaciones algo complicadas e incluso de cierto riesgo. En Valdivia, por ejemplo, su anfitrión –un agricultor de tendencias demócratacristianas– abrumaría al joven estudiante con su radical antimarxismo y sus acusaciones de que la izquierda planeaba hacerse del poder total e instaurar una dictadura comunista. Cuando descubrió dónde estaban las inclinaciones políticas de su joven invitado, la relación se acabó abruptamente. Pocas semanas después, en una marcha opositora en la capital, Bello se salvó por poco de ser golpeado por observar la manifestación portando sin querer en su brazo una edición del diario comunista *El Siglo*<sup>1</sup>. El joven sociólogo no tardaría en notar que ambos episodios no habían sido casualidad. Estaba siendo testigo del despliegue de un movimiento contrarrevolucionario de masas que se fortalecía día a día a medida que el conflicto político se polarizaba cada vez más.

La reacción de sectores significativos de la sociedad civil a las políticas distributivas y nacionalizadoras de la Unidad Popular, y a la radicalización de buena parte de sus bases populares, fue movilizarse y salir a la calle, sobre el entendido de que estaban bajo una amenaza urgente que atentaba contra la libertad y, eventualmente, contra sus propias vidas. En ese sentido, el movimiento contrarrevolucionario hizo suyo una narrativa anticomunista –un “guión”–, de larga tradición en la cultura política chilena, y que operó como marco de interpretación con el cual hacer sentido de una realidad revolucionaria. De ese modo, toda acción del gobierno y la izquierda marxista era entendida como pasos decididos hacia la instalación de una dictadura totalitaria liberticida que destruiría la religión, la familia, la nación, la propiedad, y que desquiciaría todas aquellas jerarquías sociales del orden acostumbrado de cosas. Aquellas señales que coincidían con aquel “guión”, como el desabastecimiento o la retórica encendida de grupos y políticos ultraizquierdistas, no hicieron sino fortalecerlo, motivando aún más la lucha frontal contra la izquierda en el poder. Ese “guión” fue articulado y promovido por la prensa opositora, los partidos políticos de centro y derecha, movimientos ultraderechistas armados, intelectuales contrarrevolucionarios de distintas filiaciones ideológicas, y líderes de organizaciones sociales contrarios a la Unidad Popular. Todos ellos se unieron en un bloque contrarrevolucionario relativamente coherente y coordinado, al cual se sumaron estudiantes, mujeres de distintos estratos sociales, mineros, pequeños propietarios, trabajadores independientes, funcionarios y profesionales, entre muchos otros. El enemigo en común parecía justificarlo todo, incluso –o sobre todo– la radical innovación en los repertorios de protesta de muchos de estos grupos e individuos, los cuales incluyeron no sólo la movilización en las calles, sino también distintos tipos de prácticas de violencia política.

En este ensayo busco analizar en términos esquemáticos la movilización de masas contra la Unidad Popular, entendiéndola como expresión de una dinámica contrarrevolucionaria basada en un “guión” anticomunista de larga data. Eso quiere decir dos cosas. Por una parte, la contrarrevolución chilena fue producto de una dinámica intensa y veloz a raíz de la elección de Allende y la Unidad Popular en septiembre de 1970. Lo que empezó como la reacción desesperada de grupos conservadores y reaccionarios ante la posibilidad de un gobierno marxista terminó siendo un enorme y radical movimiento social dispuesto a destruir la democracia chilena con tal de derrotar al enemigo. Fue en esa dinámica

polarizadora -que también involucró a aquellos identificados con el campo revolucionario- que la contrarrevolución adquirió su fuerza y masividad, lo que en último término abrió las puertas para el golpe militar. Por otro lado, esa contrarrevolución masiva encontró un lenguaje común y movilizador en el “guión” anticomunista que le dio a ese campo coherencia y unidad de acción. A diferencia de la Unidad Popular, en la que a pesar de compartir el horizonte socialista primaron contradicciones teóricas y estratégicas de todo orden que terminaron por paralizarla, la contrarrevolución actuó como un “bloque” que sólo mostraría fisuras luego del golpe militar, en el momento en que la dictadura iniciada entonces debía definir los contornos del nuevo orden político, social y económico contrarrevolucionario.

La contrarrevolución chilena ha recibido escasa atención en la literatura sobre la Unidad Popular que, en términos generales, ha centrado su atención en orgánicas y experiencias revolucionarias, o bien, cuando ha estudiado a sus antagonistas, ha limitado el análisis a las dirigencias de los partidos políticos de centro y derecha<sup>2</sup>. El enraizamiento social, el impacto fundamental en las subjetividades de muchos chilenos de entonces, y la inédita radicalidad en las prácticas políticas desplegadas para combatir a la izquierda en el poder han quedado por lo general oscurecidas tras la brutalidad de la represión estatal llevada a cabo por la dictadura militar desde el 11 de septiembre de 1973. Sin embargo, sostengo que explorar la experiencia contrarrevolucionaria -aún en los términos necesariamente esquemáticos en que aquí se hace- es fundamental para la comprensión de dinámicas de cambio social radical y sus riesgos inherentes. Por una parte, la experiencia concreta de la Unidad Popular da cuenta de la necesidad ineludible de construir mayorías sociales sólidas con el objeto de resistir los embates de los sectores dominantes minoritarios cuyos intereses se van a ver afectados. El sectarismo, la ideologización y la radicalización extrema -todas experiencias sufridas en distintos grados por actores políticos y sociales de izquierda- apuntan precisamente en la dirección opuesta. Todo ello, por otra parte, no quiere decir que la responsabilidad sobre el golpe de Estado y la dictadura militar radiquen en la izquierda. Muy por el contrario. El estudio de experiencias contrarrevolucionarias como la verificada en Chile ayudan a esclarecer otro aspecto importante: la contrarrevolución, transformada en fenómeno de masas, no se plantea límites morales a la hora de derrotar a quien identifica como su enemigo mortal. El uso intensivo de la movilización y la violencia contra la Unidad Popular y, sobre todo, la brutal represión desplegada por la dictadura militar dan cuenta de los niveles a los que puede llegar ese espiral de polarización, organización y movilización contra fórmulas de cambio social entendidas como amenazas directas al orden normal de cosas.

## 2. El “guión” anticomunista<sup>3</sup>

El anticomunismo en sus distintas expresiones tienen una larga historia en la política chilena, rastreable al menos hacia mediados del siglo XIX. De allí en adelante, en el entrecruce entre la recepción de eventos de otras latitudes y la interpretación de acontecimientos locales, se creó un espacio discursivo diverso que alimentó prácticas de exclusión y persecución contra todos aquellos justa o injustamente identificados como socialistas, comunistas o revolucionarios. Las motivaciones, por cierto, eran diversas. Hubo quienes advirtieron con terror que una revolución socialista destruiría la religión, la moral y la familia, encarnizándose en particular con la Iglesia Católica y sus fieles. Otros estuvieron más preocupados de la amenaza a la propiedad privada y las jerarquías sociales asociadas a esas distinciones, a la vez quienes temían una desestabilización institucional y el fin del imperio de la ley. Por último, hubo quienes interpretaron la posibilidad de un régimen socialista como un atentado a la existencia de la nación en tanto unidad político-cultural, tanto por la agudización del conflicto social como, sobre todo, por el explícito internacionalismo de intelectuales y militantes socialistas durante buena parte de su historia. Rodrigo Patto Sá Motta, para el caso brasileño, ha bautizado estas distintas interpretaciones como las “matrices del anticomunismo” -catolicismo, liberalismo, nacionalismo- y que informaron un conjunto heterogéneo y cambiante de prácticas, ideas e identidades políticas durante el siglo XX en Chile y otros lugares<sup>4</sup>. Esas matrices, a lo largo de décadas de conflicto político, fueron la base de imágenes y discursos

que conformaron un verdadero “guión” anticomunista desde el cual interpretar y dar sentido a la labor política de izquierdistas, sindicalistas y sectores populares politizados. Cuando el momento temido finalmente sucedió, es decir, cuando la izquierda marxista llegó al poder tras ganar las elecciones presidenciales de 1970, quienes se oponían a la perspectiva de vivir en un Chile socialista estaban premunidos de un poderoso arsenal ideológico con el cual levantarse en protesta.

La construcción de este “guión” obligó a una atenta lectura de la realidad global y un esfuerzo por aplicar esas enseñanzas a la hora de hacer sentido al conflicto local. De ese modo, por una parte, el anticomunismo fue una ventana al mundo, condicionando lecturas de eventos en otros lugares del mundo y la construcción de redes transnacionales con actores afines. Así, por ejemplo, la Comuna de París de 1871, la Revolución Rusa de 1917, la Guerra Civil Española de 1936-1939 y la Revolución Cubana de 1959 -por sólo mencionar los eventos más relevantes- obligaron a quienes temían estallidos revolucionarios a la elaboración de interpretaciones informadas que construyeron o reforzaron imágenes distópicas sobre un eventual futuro socialista.

Por otro lado, las circulaciones transnacionales de imágenes y discursos anticomunistas se articularon con las condiciones particulares del desarrollo político chileno. A diferencia de otros casos en América Latina, en Chile existió una fuerte izquierda marxista con considerable arraigo social que se identificó explícitamente con los horizontes revolucionarios que atravesaron el siglo XX. Desde los años 1930s en adelante, comunistas y socialistas lograron influir decisivamente en el sistema político, logrando un alto nivel de integración a espacios de decisión como el Congreso y el Gobierno (con la notoria excepción de los diez años de proscripción del comunismo chileno entre 1948 y 1958). Ello no solo les dio una visibilidad e influencia social particular en el contexto latinoamericano, sino que también sentaría las bases para el proyecto revolucionario e institucional -la “vía chilena al socialismo”- de Allende y la Unidad Popular<sup>5</sup>. La derecha política, de ese modo, tuvo que lidiar con una izquierda revolucionaria en su retórica e institucionalizada en la práctica, cuestión que los obligaría a centrar su atención en la lucha política eleccionaria y parlamentaria para hacer frente lo que entendían era una amenaza constante de subversión desde dentro de las instituciones. A diferencia de países como Brasil o Argentina, eso hizo que la derecha chilena conservadora no dejara espacio al crecimiento de organizaciones nacionalistas o filofascistas, las cuales se mantuvieron relativamente al margen del sistema de partidos hasta finales de los años 1960s<sup>6</sup>. De ese modo, el fenómeno transnacional del anticomunismo adquirió colores propio en el caso chileno, acentuando en general más la matriz liberal -tanto económica como política- que la religiosa o nacionalista, aún cuando sea posible identificar prácticas, organizaciones y discursos con distintas combinaciones de todas esas matrices.

Si bien las primeras exhortaciones públicas sobre los peligros del socialismo datan de mediados del siglo XIX, no será sino hasta la década de 1890s cuando grupos de artesanos e intelectuales comenzarían a reivindicar el socialismo como un ideal positivo. Políticos, prensa e ideólogos conservadores reaccionarían con fuerza, traduciendo a términos ideológicos lo que habían sido críticas tradicionales por parte de la oligarquía chilena a las supuestamente destructivas y descontroladas pasiones del bajo pueblo. De allí que la respuesta a las movilizaciones obreras -como la del puerto de Iquique en 1907- haya sido respondida desde el Estado con violencia militar a gran escala<sup>7</sup>. En los años siguientes, durante el auge de los debates públicos en torno a la “cuestión social” y la politización de franjas significativas de aquellos sectores populares sometidos a formas modernas de explotación, el “peligro rojo” fue cada vez más utilizado para justificar desde fórmulas reformistas de cambio social hasta las más obtusas posturas reaccionarias.

La crisis económica y social desatada en los últimos años de la I Guerra Mundial y el impacto local de la Revolución Rusa encendieron las alarmas. Por entonces se acusaba a “agitadores” extranjeros de la efervescencia social -motivando, entre otras cosas, la llamada “Ley de Residencia” de 1918 que facultaba a la autoridad a deportaciones sumarias-, tópico que quedaría en el “guión” anticomunista

entonces en plena construcción. Con todo, las demonizaciones y violencia contra ideas y organizaciones socialistas no provendría exclusivamente desde el Estado. Al mismo tiempo, y en connivencia con las autoridades, en distintas ciudades chilenas emergieron las llamadas “Ligas Patrióticas”, grupos civiles con cierto poder de fuego contrarios a la presencia extranjera y socialista<sup>8</sup>. Durante la larga crisis del régimen oligárquico, la idea de que existía una poderosa fuerza revolucionaria transnacional con presencia en la clase obrera chilena dispuesta a destruir los fundamentos de la sociedad estaba bien asentada en la discusión política contingente, más aún cuando a raíz del “crack” de 1929 se sucedieron breves e intensas experiencias revolucionarias como la “República Socialista” de 1932. Socialismo y revolución, durante aquellos duros años, se convirtieron en categorías tan anheladas como temidas.

El “guión” anticomunista cambiaría y se nutriría de nuevos elementos en los años 1930s. La presencia pública de los emblemas revolucionarios, como la bandera roja con la hoz y el martillo del prosoviético Partido Comunista, aterraron a conservadores y liberales, ahora aliados en la derecha. Del mismo modo, la gestación de la alianza del Frente Popular entre comunistas, socialistas, y el centrista Partido Radical, y el fuerte impacto de la Guerra Civil Española, agregaron nuevos tópicos a la retórica anticomunista: la presencia de una “quinta columna” escondida en la sociedad chilena dispuesta siempre a la traición, la enorme violencia que el marxismo supuestamente desplegaría en el poder (cuestión que la prensa conservadora no dejaba de denunciar en la España republicana) de la mano de una férrea dictadura revolucionaria como la soviética, y el carácter anti-patriótico de la labor política marxista. Por todo ello, el triunfo del Frente Popular en 1938 causó pánico entre las filas conservadoras, quienes acusaban al presidente radical Pedro Aguirre Cerda de aliarse con los enemigos jurados de la sociedad. Que su gobierno no causara los males anunciados, y que la propia alianza frentepopulista se fracturara al poco tiempo, no impidió que conservadores, liberales, católicos y nacionalistas siguieran denunciando el peligro inminente de la presencia marxista (y, particularmente, comunista) en el país. Más aún, como Kirsten Weld ha señalado, tampoco impediría que políticos e intelectuales conservadores desarrollaran una “conciencia histórica reaccionaria” a partir de su experiencia indirecta en la Guerra Civil Española que, como veremos, se proyectaría con fuerza hacia los años 1970s<sup>9</sup>.

Cuando parte importante de los actores políticos chilenos se plegaron a la retórica anticomunista bipolar de Guerra Fría en la segunda mitad de los 1940s, entonces, ya existía una larga tradición de discursos, imágenes y prácticas en esa línea. Con todo, desde ese momento el asunto tomaría otro tono. Al igual que muchos países de América Latina, Chile experimentó la Guerra Fría como un asunto de política interna. Mientras sus sectores dominantes reconocieron en Estados Unidos el paladín del “mundo libre”, se aprestaron a excluir de la arena política y reprimir a los movimientos sociales que habían florecido durante la “primavera democrática” de los años de la II Guerra Mundial<sup>10</sup>. En Chile ese fenómeno tomó forma en la dictación de la “Ley de Defensa Permanente de la Democracia” en 1948, a instancias del gobierno radical de Gabriel González Videla, que decretó la ilegalización de quien hasta hace un par de años atrás había sido su fiel aliado, el Partido Comunista<sup>11</sup>. Ese esfuerzo fue acompañado por iniciativas “civiles” (aunque con múltiples conexiones con el mundo político), como Acción Chilena Anticomunista (ACHA), dedicado a hostigar y amenazar a comunistas en particular e izquierdistas en general. Ese anticomunismo de Guerra Fría opuso de manera antitética dos mundos irreconciliables, y reprodujo esa división al interior de la sociedad chilena. Dada la cercanía y dimensión del peligro, se podía echar mano de cualquier herramienta con tal de defender la “democracia” y la “libertad”. El anticomunismo se transformó más que nunca en un lenguaje de dimensiones globales que sirvió para hacer sentido del conflicto político local.

La Revolución Cubana de 1959 abrió una nueva etapa en la historia del anticomunismo en Chile al actualizar la presencia perturbadora del “peligro rojo” ahora en suelo latinoamericano, cuestión que se sintió con particular intensidad en las elecciones presidenciales de 1964. En el contexto regional, una victoria electoral marxista habría provocado un duro golpe a la política regional de contención de los Estados Unidos, por lo que apoyó con ingentes recursos la expansión de la Democracia Cristiana y,

cuando el momento lo requirió, una enorme campaña propaganda antimarxista orientada a persuadir a los votantes chilenos que una victoria de Allende significaría el fin inmediato de la democracia y la libertad. Más aún, en conexión con las experiencias de movilización antiizquierdista en Cuba y en Brasil –país en el que ese mismo año los militares habían derrocado al gobierno reformista de Joao Goulart- la propaganda añadió un elemento más al “guión” anticomunista: el “marxismo” en el poder no sólo significaba un peligro político, sino que sobre todo una amenaza a la sobrevivencia de los fundamentos morales de la sociedad. La distribución tradicional de roles de género y generacionales se vería totalmente trastocada, como supuestamente había sucedido en Cuba. Las mujeres estarían obligadas a trabajar, las hijas serían mandadas al campo a campañas de alfabetización compulsivas y los hombres se verían imposibilitados de llevar a cabo su rol de proveedores gracias a la arbitrariedad y persecución de los “rojos” en el poder<sup>12</sup>. A pesar de que la elección finalmente se decidió gracias al apoyo incondicional que la derecha política le diera a Eduardo Frei y la Democracia Cristiana, esos tópicos morales seguirían estando presentes en la discusión pública en la segunda mitad de los años 1960s.

La radicalización de parte de la izquierda marxista ante la derrota electoral -representada por la adhesión retórica del Partido Socialista a la violencia revolucionaria y, sobre todo, a la fundación del ultraizquierdista Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)- activó aún más las alarmas de actores políticos de derecha. La decadencia electoral de conservadores y liberales los llevó a la disolución de sus organizaciones y, junto a sectores nacionalistas, a crear el Partido Nacional. Al mismo tiempo, grupos juveniles ultraconservadores avanzaban posiciones en las universidades<sup>13</sup>. La oposición a la izquierda se tiñó del terror a una “segunda Cuba” y el eventual uso de la violencia para construir el socialismo, a pesar de que la mayoría de la izquierda seguía las orientaciones de Allende por un tránsito pacífico e institucional.

Para 1970, y en consonancia con la radicalización política, social y generacional de la segunda parte de los años 1960s en Chile y el mundo, la sensación de subversión del orden establecido estaba bien extendida en el ala conservadora de la política local. Desde esa perspectiva, tanto por estrategia como por convicción, Allende y la izquierda fueron entendidos como una amenaza directa a todo aquello valioso de la sociedad chilena: el orden tradicional familiar, la propiedad privada, el Estado de derecho y la paz social. Cuando la izquierda, ahora reorganizada en la Unidad Popular, llegó al Palacio de La Moneda, quienes se oponían a sus ideales por cuestión de principios contaban con un completo arsenal ideológico desde el cual interpretar sus acciones. Más aún, ese arsenal -el “guión”- se mostraría especialmente importante a la hora de convencer a los indecisos de que ante la Unidad Popular sólo cabía movilización social hasta las últimas consecuencias. En ese anticomunismo tan histórico como contingente se encontraron actores políticos y sociales diversos. Ese fue el fundamento de la contrarrevolución.

### *3. Revolución y contrarrevolución*

La contrarrevolución no se reduce sencillamente a la oposición a una revolución. Cuando una sociedad experimenta un proceso revolucionario, las formas de acción política tradicionales quedan obsoletas, abriendo espacio para la creación de dinámicas creativas y originales de búsqueda y ejercicio del poder político. La contrarrevolución, por ende, es también un esfuerzo innovador de agitación y movilización en defensa de aquello que justa o injustamente se le adjudica al enemigo revolucionario de querer destruir. En la urgencia de la coyuntura -urgencia real ante la presencia de un movimiento revolucionario, y también amplificadas por la misma retórica contrarrevolucionaria- el bloque contrarrevolucionario incorpora estrategias que en buena medida fueron creadas y practicadas por la tradición revolucionaria: marchas, mitines, discursos grandilocuentes, llamados dramáticos a la acción. Sin embargo, a diferencia de sus rivales, la contrarrevolución no requiere una teorización muy sofisticada que justifique su accionar. No hay necesidad de sesudas discusiones ideológicas o filosóficas, ya que de lo que se trata es en defender en mundo en crisis mediante la acción directa y purificadora del orden social. El explícito desdén de los líderes contrarrevolucionarios por definiciones taxativas y las reiteradas

apelaciones a la emoción, el arrojo y el sacrificio ayuda, por supuesto, a la expansión de esa alianza, toda vez que es posible de ese modo captar la atención de quienes sin necesidad de elaboraciones políticas sofisticadas sienten que tienen algo importante que perder. Por lo mismo, la apelación contrarrevolucionaria no afecta en igual medida a todos: pequeños propietarios, comerciantes, medianos agricultores, funcionarios y profesionales, entre otros, son especialmente sensibles a estos llamados en virtud de sus temores a perder status social y su particular receptividad ante llamados urgentes a defender la libertad y la moral amenazada. A ellos se le suman, por supuesto, conservadores y reaccionarios de todo tipo junto a grandes propietarios del campo y la ciudad. Esta particular alianza se forja al calor de la movilización y la polarización social, generándose una veloz dinámica de radicalización que no tarda en llegar a la violencia abierta y encubierta<sup>14</sup>.

Si en Chile hubo un masivo movimiento contrarrevolucionario con muchos de estos rasgos fue porque el gobierno de Allende fue experimentado por adherentes y detractores como una verdadera revolución. Por supuesto, fue una revolución atípica en muchos sentidos. Como consecuencia de un esfuerzo consciente por separarse de las experiencias revolucionarias del siglo XX, la “vía chilena al socialismo” apuntó a la construcción de mayorías políticas sólidas para efectuar cambios radicales a través y no contra el Estado, buscando con ello evitar la violencia revolucionaria o la guerra civil. Sin renunciar al socialismo como horizonte utópico, en sus definiciones estratégicas incidieron decisivamente las ideas de que Chile poseía una tradición republicana y democrática excepcional, cuyo resultado era un Estado “burgués” lo suficientemente flexible como para resistir un proceso de transformaciones sociales<sup>15</sup>. Esas condiciones políticas particulares distinguirían a Chile de las experiencias insurreccionales soviética y cubana, convirtiéndose en un modelo revolucionario alternativo con aspiraciones universales. Todo ello, además, se entroncaba con un fuerte imaginario tercermundista, que vinculaba las luchas del pueblo chileno con todos aquellos que resistían el colonialismo y buscaban una verdadera independencia y autodeterminación frente a los grandes poderes globales por sobre las divisiones Este-Oeste de la Guerra Fría. El triunfo de Allende en 1970 legitimó esa particular concepción revolucionaria, y a la vez produjo otra anomalía con respecto a las experiencias revolucionarias clásicas: el nuevo gobierno socialista inició un “proceso revolucionario” de lucha social por el poder, al mismo tiempo que se constituía en un “régimen revolucionario” con capacidad de acción desde el Estado. Es decir, dadas las particularidades del momento, se solapaban dos dimensiones que normalmente sucedían una a otra en orden cronológico. A toda la originalidad y diversidad del proyecto revolucionario de la izquierda chilena de la derecha política, la prensa conservadora y el gran empresariado antepusieron el “guión” anticomunista, reduciendo a la Unidad Popular a una mera repetición de la distopía revolucionaria. Bajo esa luz, la existencia de una sociedad civilizada estaba en grave peligro.

Las primeras expresiones contrarrevolucionarias empezaron algunos años antes del triunfo de la Unidad Popular por parte de ciertos grupos minoritarios en el campo y la ciudad que no sólo veían el peligro sólo en la izquierda marxista, si no en general en toda experiencia de cambio social, lo que incluía también a la Democracia Cristiana. Ante el inicio de la Reforma Agraria en 1967, medianos propietarios de la zona de Cautín, en el sur de Chile, se organizaron como guardias blancas para rechazar estas medidas. A ellos no solamente los animaba el “guión” anticomunista, sino también una narrativa racializada sobre su presencia “civilizadora” en un entorno “bárbaro” marcado por la fuerte presencia mapuche en la zona<sup>16</sup>. Al mismo tiempo, en la ciudad, emergían pequeñas organizaciones reaccionarias, integristas y anti-modernas como el capítulo chileno de la organización Tradición, Familia y Propiedad, de origen brasileño. Su principal texto de referencia, escrito por Plinio Correa de Oliveira se titulaba precisamente *Revolución y Contrarrevolución*<sup>17</sup>, en el que se llamaba a la restitución del orden católico medieval como respuesta a las graves distorsiones creadas por la modernidad como, entre otras, la idea misma de revolución. De esa organización y línea de pensamiento saldrían jóvenes intelectuales reaccionarios como Jaime Guzmán, líder del movimiento gremialista en la Universidad Católica, quien luego se convertiría en uno de los más connotados líderes contrarrevolucionarios<sup>18</sup>.

El triunfo por mayoría relativa de Allende en septiembre de 1970 activó las alarmas de, entre otros, la derecha política y el empresariado. El “guión” anticomunista en el cual basaban parte importante de su identidad política les mostraba cuál era el camino inevitable del “marxismo” en el poder: violencia, arbitrariedad, despojo, totalitarismo. Las particularidades de la experiencia chilena no eran sino diferencias superficiales -o abiertos engaños- ante lo que entendían era un importante avance del comunismo internacional en territorio chileno. Jóvenes de clase alta radicalizados hacia la derecha junto a ex militares reaccionarios supusieron que cualquier tipo de acción estaba justificada con tal de impedir el ascenso de Allende al poder. Además de una serie de atentados con bombas falsamente atribuidos a grupos de ultra-izquierda (que la policía no tardó en descubrir), organizaron un intento de secuestro del Comandante en Jefe del Ejército, René Schneider, que derivó en una balacera que le provocaría la muerte. Al mismo tiempo, desde las cenizas de las organizaciones “independientes” de campaña de la candidatura del derechista Jorge Alessandri, se organizaba el Movimiento Cívico Patria y Libertad. Imbuidos en el “guión” anticomunista, y advirtiendo el peligro vital que amenazaba a la nación, buscaron distintas fórmulas para evitar la ratificación del triunfo de Allende en el Congreso Nacional. Cuando no lo consiguieron, gracias a la negativa de la Democracia Cristiana, sus líderes decidieron transformar el “movimiento” en un “frente” para luchar por todos los medios posibles a la izquierda en el poder<sup>19</sup>. La contrarrevolución, aún limitada a grupos oligárquicos y conservadores, ya había tenido entrada en acción, y ante el inicio del gobierno de la Unidad Popular se alistaba para intensificar la lucha.

La estrategia política y económica del gobierno de Allende dio resultado por unos meses. Las medidas redistributivas activaron la producción, el empleo y el consumo, particularmente en sectores populares. A la vez, avanzó con velocidad en su política de expropiación de la gran minería del cobre, los monopolios industriales, la banca y las grandes haciendas del campo<sup>20</sup>. En las elecciones municipales de abril de 1971 la Unidad Popular logró casi el 50% de los votos, aumentando notoriamente el caudal electoral obtenidos siete meses antes en las presidenciales, y demostrando por lo tanto que los miedos agitados por el “guión” anticomunista aún no penetraban en sectores significativos de la población. De hecho, muchas de las organizaciones sociales de clase media que luego se unirían al bloque contrarrevolucionario no demostraban mayores aprehensiones ante la izquierda en el poder. Asociaciones de comerciantes, funcionarios, transportistas y profesionales, entre otros, incluso llegaron a celebrar algunas de las medidas del gobierno, como la nacionalización del cobre o algunas leyes previsionales a favor de estos sectores. Allende estaba consciente de la importancia de los sectores medios en su estrategia política, y gracias a su influencia sobre algunos de estos grupos -como en el Colegio Médico, del que era miembro fundador- logró apaciguar las primeras quejas. En otras ocasiones, el gobierno consintió en alzas salariales muy por sobre lo proyectado, como el caso de los funcionarios bancarios quienes se beneficiaron de incrementos cercanos al 70%<sup>21</sup>. Como consecuencia, la oposición política estuvo durante estos meses dividida y a la defensiva. El Partido Nacional se refugió en el “guión” anticomunista sin poder ponerle trabas importantes al gobierno desde el Congreso, mientras la Democracia Cristiana intentaba negociar la velocidad de las medidas adoptadas por la Unidad Popular<sup>22</sup>. Sin embargo, este escenario cambiaría rápidamente en la segunda mitad de 1971.

En junio de ese año, la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), una pequeña y radicalizada organización de izquierda sin vínculos con la Unidad Popular, asesinó al alto dirigente de la Democracia Cristiana Edmundo Pérez Zujovic, en el que sería uno de los pocos hechos de sangre atribuibles al campo revolucionario<sup>23</sup>. A pesar de que la investigación policial avanzó rápidamente y los autores del crimen fueron descubiertos, la prensa y los partidos de oposición responsabilizaron al gobierno por crear un ambiente de violencia y caos. Mientras tanto, el asesinato ayudó a acercar posiciones entre la Democracia Cristiana y el Partido Nacional. Con todo, será desde las bases partidarias en las que se empezaría a gestar una alianza contrarrevolucionaria de facto: las juventudes estudiantiles democratacristianas, nacionales y de Patria y Libertad empezaron a llevar a cabo acciones de violencia callejera, enarbolando la bandera del anticomunismo. Esas manifestaciones no solo chocarían con la policía, sino que también con militantes de

izquierda quienes no toleraban la pérdida del espacio público. Los repertorios de protesta tradicionales de los partidos de centro y derecha se modificaron rápidamente en cuestión de meses: además de las presiones parlamentarias y las discusiones en la prensa, ahora sumaron la organización de grupos de choque para agitar el ambiente y, de ese modo, demostrar que bajo un gobierno marxista sólo podría haber violencia y desorden en la calles<sup>24</sup>, elemento presente desde hace décadas en el “guión” anticomunista.

A medida que avanzaba 1971, y se intensificaban las políticas expropiatorias del gobierno en el campo y la ciudad, la contrarrevolución fue sumando nuevos adeptos y nuevas estrategias. Coincidiendo con una larga visita de Fidel Castro a Chile y las primeras señales de desabastecimiento de algunos productos, desde el Partido Nacional surgió la idea de realizar una marcha femenina en la que se golpearan cacerolas en señal de protesta. El objetivo era enrostrarle al gobierno que sus políticas económicas eran incompatibles con la realización de los roles de género aceptados y, de esa manera, ubicar el conflicto social por sobre divisiones partidarias. Por supuesto, esa estrategia no era nueva ni original. En la “campaña del terror” de 1964 ya se había insistido en el punto. En el intertanto, algunas organizaciones femeninas conservadoras habían entrado en contacto con sus pares brasileñas para aprender de su ejemplo. Lo que sí resultó ser una novedad fue el éxito de la convocatoria: decenas de miles de mujeres lideradas por dirigentes de clase alta del Partido Nacional marcharon por las calles del centro de Santiago escoltadas por jóvenes armados de Patria y Libertad, en la llamada “marcha de las cacerolas vacías” el 1 de diciembre. La violencia no tardó en estallar, tanto entre los manifestantes y la policía como también con militantes de izquierda. La prensa de oposición ahora podía usar la imagen de un gobierno y sus bases atacando a mujeres indefensas, cuestionando así su “masculinidad”<sup>25</sup>.

Al día siguiente de la marcha femenina, el turno fue de aquellos que la izquierda llamaba con cierto desdén “pequeña burguesía”: en el Teatro Caupolicán de la capital se celebró el “Encuentro del Área Privada” organizado por la Confederación del Comercio Detallista y los gremios de los grandes empresariados reunidos en la Confederación de Producción y Comercio, entre otros. La unión de esos sectores se había dado en los meses anteriores ante causas comunes, como la campaña en defensa de la “Papelera” –una empresa símbolo del capitalismo chileno, con fuertes lazos en la derecha política, y que se había resistido con éxito a la nacionalización- y las primeras señales de desabastecimiento, algo particularmente sensible para los comerciantes. En los discursos y discusiones pudo notarse la diversidad temática de los temores abrigados ante la izquierda en el poder, referidos sobre todo a la ruptura de jerarquías laborales, la violencia callejera y los límites del “Área de Propiedad Social” creada por el gobierno a partir de la política de nacionalizaciones. A pesar de que el encuentro fue catalogado como una reunión estrictamente “gremial” por parte de Rafael Cumsille -presidente de los comerciantes detallista y uno de los principales oradores de la jornada-, lo cierto es que se profirieron duros epítetos contra los “activistas y agitadores” de izquierda que dañaban la honra de los pequeños empresarios y amenazaban la “libertad” de todo ese sector<sup>26</sup>. En las semanas siguientes, y como consecuencia de esta reunión, se organizaría el “Frente Nacional del Área Privada”, que iniciaría una intensa campaña de propaganda en la prensa de circulación nacional advirtiendo que la Unidad Popular amenazaba a la nación, la familia y al “hombre de trabajo”. El “guión” anticomunista ya había empezado a moldear decisivamente la percepción de una diversidad de actores políticos y sociales con respecto a la “vía chilena al socialismo”. A ojos de quienes con distintos grados de entusiasmo empezaban a participar del bloque contrarrevolucionario, la Unidad Popular parecía dirigirse inexorablemente hacia una dictadura liberticida, violenta y atentatoria contra lo que entendían eran los fundamentos de la vida social civilizada.

El gobierno de Allende no tuvo que lidiar sólo con la creciente oposición contrarrevolucionaria, sino que también encontró dificultades en otros dos frentes, uno más previsible que otro. Primero, el gobierno de los Estados Unidos se opuso desde un primer momento a la posibilidad de una “segunda Cuba” en América Latina, por lo que apoyó subrepticamente los intentos por evitar la llegada de Allende al poder y, una vez fracasado ese plan, ejerció presión sobre la capacidad económica de Chile<sup>27</sup>. Al mismo tiempo, Allende tuvo que enfrentar lo que Peter Winn ha denominado una “revolución desde abajo”, es

decir, la acción autónoma de campesinos, trabajadores y pobladores que aceleraron y expandieron el impulso expropiador a través de “tomas” de campos, industrias y terrenos<sup>28</sup>. Desde 1972 en adelante, las tensiones con la “revolución desde arriba”, aquella dirigida desde el Estado, comenzarían a ser cada vez más evidentes, aún cuando entre ambas dimensiones existieran múltiples vinculaciones. Así, por ejemplo, grupos de izquierda dentro y fuera de la Unidad Popular -como el MIR o el ala radicalizada del Partido Socialista- fomentaron, apoyaron y organizaron las acciones “desde abajo” y, desde una lectura ortodoxamente leninista, apoyaban la creación de órganos de poder por fuera y contra el Estado al que, a pesar de todo, calificaban de “burgués”. Esas contradicciones al interior de la izquierda colaboraron decisivamente a polarizar más el ambiente político, a la vez que le entregaba “evidencia” al “guión” anticomunista del bloque contrarrevolucionario sobre las “verdaderas” intenciones de la izquierda en el poder. Aún así, hubo momentos de coordinación, sobre todo cuando el objetivo común era la defensa de las ganancias materiales de los sectores populares. A medida que el desabastecimiento se agudizaba, el gobierno respondió con la organización de las Juntas de Abastecimientos y Precios (JAP), unidades vecinales de control de precios, que además recibieron el apoyo de agencias estatales como la Dirección de Industria y Comercio (DIRINCO) y de Carabineros para hacer respetar la distribución de bienes y abrir forzosamente locales comerciales cuando la Confederación de Comercio Detallista decidió organizar paros en protesta por lo que consideraban era una política sistemática de agresión a su gremio<sup>29</sup>.

Por entonces, en el campo contrarrevolucionario, y más allá de algunas diferencias estratégicas entre algunos de sus miembros, la urgencia del enemigo común dio paso a una progresiva coordinación entre actores políticos y sociales diversos. En otras palabras, si que el gobierno tenía problemas para armonizar su programa “desde arriba” y el impulso revolucionario “desde abajo”, la “contrarrevolución desde arriba” respondió con rapidez y flexibilidad a la dinámica de la “contrarrevolución desde abajo”. Nacionales y demócratacristianos dejaron atrás su pasado reciente de conflictos y, en julio de ese año, consolidaron su alianza en la llamada “Confederación Democrática”<sup>30</sup>. Por su parte, Patria y Libertad continuó su rápida expansión y, a pesar de ciertas desaveniencias tácticas con los gremialistas de Jaime Guzmán y los demócratacristianos, iniciaron una política activa de entrenamiento y organización de unidades armadas en preparación a lo que suponían iba a ser una confrontación total con fuerzas marxistas<sup>31</sup>.

Mientras tanto, un conjunto de organizaciones sociales sin un perfil político definido comenzó a plegarse al campo contrarrevolucionario. Comerciantes y pequeños empresarios ya lo habían hecho junto a los grandes empresarios. Luego fue el turno de los profesionales, quienes resintieron la pérdida de status social y la política gubernamental de promover trabajadores a cargos de dirección estatal y de las nuevas empresas nacionalizadas. Cada Colegio expresó su rechazo a la izquierda en el poder en relación a sus intereses inmediatos: mientras los abogados criticaban la fractura del Estado de derecho, los médicos temían una completa

“funcionarización” de la profesión, mientras los ingenieros reclamaban por la falta de capacidad técnica de las nuevas autoridades. En cuestión de meses, sus quejas asumieron un lenguaje doctrinario afín al “guión” anticomunista, sobre todo en base a la idea compartida de que la izquierda en el poder buscaba destruir a la clase media que decían representar<sup>32</sup>. La prensa de oposición fue clave a ese respecto, sobre todo por su esfuerzo por pasar por un estricto cedazo ideológico anticomunista toda declaración y acción del gobierno o la izquierda. En ello colaboraron, entre otros, publicaciones partidistas y doctrinarias como *Sepa*, *Tribuna*, *Portada* o *PEC*, periódicos conservadores de circulación nacional como el tradicional *El Mercurio*, cadenas de radio asociados al empresariado y a la oposición política como *Radio Agricultura*, y el canal 13 de televisión de la Universidad Católica, ahora en manos de los sectores más decididamente anticomunistas<sup>33</sup>. De ese modo, hacia mediados de 1972 ya existía un bloque contrarrevolucionario en ciernes, que podía al mismo tiempo obstruir iniciativas parlamentarias, resistir políticas de control de precios, acusar en la prensa a las autoridades gubernamentales de promover la destrucción de la nación y desafiar en la calle y con violencia el orden público.

#### *4. La contrarrevolución de masas*

En un ambiente crispado por la violencia callejera, las acusaciones cruzadas en la prensa y el conflicto político al interior del Estado, no faltarían oportunidades para intensificar la movilización de masas contra la Unidad Popular. A principios de octubre de 1972 se inició una nueva fase del conflicto. La Confederación Nacional de Dueños de Camiones, quienes ya por entonces habían asumido una postura decididamente antigubernamental, convocaron a un paro ante el intento gubernamental de crear una empresa estatal de transportes en el extremo sur del país. La Moneda reaccionó con dureza, procesando a los líderes gremiales por la Ley de Seguridad Interior del Estado, convirtiendo el conflicto regional en uno nacional. Políticos de oposición y dirigentes gremiales visitaron y solidarizaron con los detenidos, mientras la prensa de oposición cubría cada detalle del arresto. León Vilarín, el presidente nacional de los camioneros, se transformó rápidamente en una celebridad pública. De ahí en adelante el conflicto no hizo sino crecer. Comerciantes, profesionales y empresarios se sumaron al paro, mientras la oposición política celebraba los acontecimientos como expresión genuina de la sociedad chilena contra la izquierda en el poder. De hecho, los partidos políticos ocuparon una segunda línea en el conflicto, precisamente para enfatizar el carácter “gremial” (y, por lo tanto, supuestamente apolítico) del movimiento. La reacción de la Unidad Popular y sus bases no se hizo esperar. Para contrarrestar el paro se incrementaron las tomas de fábricas y las requisiciones de camiones, creándose las primeras expresiones de lo que la izquierda radical llamaría “poder popular”, muchas veces entendidas como estructuras revolucionarias independientes incluso del gobierno de la Unidad Popular<sup>34</sup>. En contraposición, los más destacados ideólogos contrarrevolucionarios llamaron al fortalecimiento de lo que denominaron “poder gremial”<sup>35</sup>. La contrarrevolución, al calor de la gran movilización de masas de octubre de 1972, estaba empezando a crear su propio proyecto político.

El paro contrarrevolucionario se extendió hasta principios de noviembre. En las semanas más conflictivas, los gremios involucrados acudieron a repertorios de protesta a los cuales no estaban acostumbrados. Los camioneros montaron campamentos junto a sus camiones detenidos, mientras que los profesionales utilizaron la fuerza legal de los colegios para obligar a plegarse al paro a sus colegas más renuentes. También nacieron nuevas instancias como el “Comando Nacional de Defensa Gremial” – representando entre 600.000 y 700.000 huelguistas- que redactó el “Pliego de Chile”, un conjunto de demandas al gobierno que daban cuenta de la expansión del “guión” anticomunista entre sectores significativos de la sociedad civil. En él se entremezclaban demandas contingentes como el fin de las estatizaciones o la supresión de las JAP con las ansiedades de los gremios en torno al respeto a las libertades civiles y la mantención del Estado de derecho. Dado el enorme daño que el paro había provocado a la economía chilena, y notando también cierto desgaste en los huelguistas, Allende transigió en algunos puntos menores y ofreció un cambio ministerial importante, incluyendo a los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas para así garantizar el cumplimiento de los acuerdos y, sobre todo, la imparcialidad del Ejecutivo en las cruciales elecciones parlamentarias de marzo de 1973. El 5 de noviembre los dirigentes gremiales acordaron volver a las labores.

El fin del paro no produjo un repliegue del bloque contrarrevolucionario. Los gremios resintieron lo que entendían eran “represalias” del gobierno contra los huelguistas a través de despidos y otras sanciones en empleos estatales, mientras los partidos de oposición incrementaron sus labores de agitación en miras a los comicios de marzo, en los que tendrían la oportunidad de ganar la cantidad de votos suficiente en el Congreso para destituir legalmente a Allende. Para entonces, el “guión” anticomunista era el lenguaje hegemónico de todos aquellos que no se identificaban con la Unidad Popular, y demostraba ser lo suficiente poderoso como para movilizar a miles de ciudadanos mucho más allá de las militancias de organizaciones conservadoras y el mundo empresarial. El “guión”, de hecho, había facilitado el fortalecimiento de redes transnacionales contrarrevolucionarias que aportaron con recursos, consejos y

nuevos referentes de acción. Para entonces las relaciones entre el gobierno chileno y el norteamericano estaban rotas, y Washington estaba en una posición más cómoda que le permitía incrementar la presión política y económica sin mayores costos a nivel internacional. Al mismo tiempo, los aparatos de inteligencia estadounidenses operaban con fluidez en territorio chileno, manteniendo contactos cotidianos con dirigentes de las distintas organizaciones del bloque contrarrevolucionario. De manera indirecta, además, habían logrado canalizar ingentes fondos para la mantención y profundización del paro de octubre<sup>36</sup>. En ese esfuerzo no estaban solos. La dictadura militar brasileña estaba especialmente preocupada del auge de fuerzas izquierdistas en la región, y luego de intervenir con éxito en el golpe de Estado en Bolivia y en las elecciones uruguayas durante 1971, su atención se centró en Chile<sup>37</sup>.

En ese escenario también se esgrimieron referentes más lejanos, pero que la propia lógica universalista del “guión” volvía plausibles. Durante 1972 aparecieron rayados en las calles de Santiago con la palabra “Yakarta”, o bien “Yakarta viene”. Altos dirigentes de izquierda recibieron en sus casas papeles con esos mensajes junto a la “araña negra”, el símbolo de Patria y Libertad. La referencia no era evidente para todos, pero pronto la prensa la dejó en claro: era una alusión directa a la matanza de cientos de miles de comunistas en Indonesia a partir del golpe de Estado que puso en el poder al general Suharto en 1965. La prensa de oposición luego le dio un giro a la historia aún más afín al “guión” anticomunista: Yakarta en realidad hacía alusión al peligro efectivo de que las fuerzas de izquierda acabaran con la oficialidad militar y las dirigencias opositoras, como rezaba la propaganda de la dictadura indonesia para justificar su golpe y el régimen militar. Para el imaginario anticomunista compartido en el bloque contrarrevolucionario, era cuestión de tiempo para que los marxistas chilenos en el poder planearan asesinatos en masa de disidentes, haciendo el llamado a la acción por todos los medios posibles algo aún más urgente y vital<sup>38</sup>.

En ese ambiente se celebraron las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. La campaña electoral implicó una nueva movilización de masas del bloque contrarrevolucionario, ahora a favor de los candidatos nacionales y demócratacristianos al Congreso. Sin embargo, a pesar de la violencia callejera y el desastre económico, la oposición no logró los dos tercios de los escaños, con lo que la “estrategia legal” para acabar con el gobierno de la Unidad Popular quedaba descartada. La alternativa, la profundización de la movilización social contrarrevolucionaria, se fortaleció gracias a la adhesión de nuevos actores sociales. Estudiantes radicalizados de filiación demócratacristiana y nacional lograron el control de una fracción significativa de la Federación de Estudiantes Secundarios, con la cual se lanzaron a la calle a combatir al gobierno de la Unidad Popular con todos los medios disponibles<sup>39</sup>. Por otro lado, gracias al ascendiente que la Democracia Cristiana había ganado al interior del movimiento obrero en los años anteriores, el bloque contrarrevolucionario pudo contar con varios de los más poderosos sindicatos de los mineros del cobre, quienes iniciaron una larga huelga en abril de 1973 en la mina El Teniente. Al mismo tiempo se abrían nuevos frentes de batalla. El proyecto de reforma educacional -la llamada “Escuela Nacional Unificada” (ENU)- provocó una reacción hostil de gremios, políticos e incluso la Iglesia Católica, a pesar de que sus lineamientos centrales respondían a los cambios realizados en el gobierno de Eduardo Frei. Respondiendo y fortaleciendo el “guión”, la ENU fue leída como un intento gubernamental por “concientizar” a los niños en el nuevo credo marxista, con un explícito objetivo antirreligioso. Con la institucionalidad política bloqueada por un empate de fuerzas, la contrarrevolución se radicalizó y expandió, planteando un conflicto violento y frontal contra el gobierno.

Con todo, aún quedaba un actor clave para decidir la suerte del conflicto político: los militares. Si bien en muchas de las organizaciones contrarrevolucionarias de primera hora habían participado muchos militares en retiro, lo cierto es que hasta entonces las instituciones armadas se habían mantenido dentro de la llamada “doctrina Schneider”, es decir, prescindencia política y respeto a la Constitución. Con todo, para 1973 era evidente que los equilibrios internos estaban cambiando hacia la contrarrevolución. El 29 de junio el regimiento blindado No. 2 se alzó contra el gobierno, esperando despertar el apoyo de sus compañeros de armas. El General Prats Comandante en Jefe del Ejército, de postura plenamente

constitucionalista- detuvo personalmente el intento de golpe, denominado entonces “tancazo”. A pesar de la aparente victoria para el gobierno, lo cierto es que este movimiento militar develó la fragilidad de la autoridad interna de Prats y el viraje de la mayoría de la alta oficialidad hacia una postura insurreccional. Con la conspiración ya en marcha, los militares pudieron usar la Ley de Control de Armas aprobada entonces por el Congreso para amedrentar y hostigar a las organizaciones obreras y campesinas, sobre todo en las industrias y campos “tomados”<sup>40</sup>.

En ese escenario, la contrarrevolución “civil” siguió aumentando y diversificando sus estrategias de movilización, en un camino cada vez más desembozadamente insurreccional. Patria y Libertad viró hacia una estrategia terrorista intensiva. Sólo entre el 17 y el 24 de junio organizaron 77 atentados de bomba que afectaron tanto a dirigentes de izquierda como a instalaciones de infraestructura básica como oleoductos, puentes y torres de alta tensión<sup>41</sup>. Mientras tanto, los camioneros y el resto de los gremios de clase media iniciaron un nuevo paro nacional en julio de 1973, exigiendo la salida de Allende para deponer el movimiento. Los camiones volvieron a ser estacionados en campamentos ahora incluso más masivos, en los que se registraron duros enfrentamientos con la policía. En ese contexto, además, aparecieron en distintos lugares del país los llamados “multigremios”, espacios novedosos de organización contrarrevolucionaria a nivel local y provincial en los que confluían gremios, organizaciones sociales e individuos radicalizados<sup>42</sup>. Entre agosto y principios de septiembre los planes para un golpe de Estado avanzaron decisivamente. Tras semanas de hostigamiento y presión, Carlos Prats renunció a la Comandancia en Jefe del Ejército. Simultáneamente, la mayoría de oposición de la Cámara de Diputados aprobó una declaración en la que calificaba al gobierno de Allende de inconstitucional e ilegal, dando la excusa perfecta para una intervención militar. El 11 de septiembre, en buena medida como consecuencia de la movilización de masas contrarrevolucionaria contra la Unidad Popular, la conspiración militar se llevó a cabo con perfecta coordinación, derrocando al gobierno y controlando el país en cuestión de horas.

### *5. Palabras finales*

La instalación de la dictadura militar no significó necesariamente el fin de la contrarrevolución, sino más bien su institucionalización. A partir de ese momento, la violencia ya no tenía que ser ejercida en las calles por parte de organizaciones civiles, ni tampoco había que atentar contra el orden público para desestabilizar al gobierno. Ahora, la represión podía ser dirigida desde el Estado, utilizando toda la fuerza militar contra los “marxistas” y, en general, contra todos aquellos que se habían atrevido a trastocar las jerarquías sociales y el orden establecido. En ese esfuerzo, para justificar tanto el golpe como la dictadura y la inmensa represión desplegada desde el momento del golpe, las nuevas autoridades militares recurrieron al “guión” anticomunista desarrollado en las décadas previas y fortalecido por la experiencia reciente de la Unidad Popular. Era imprescindible, en ese sentido, instalar en el espacio público lo que Steve Stern ha llamado “memoria como salvación”, es decir, un marco interpretativo exclusivo y excluyente al cual enlazar experiencias individuales -sobre todo aquellas tocadas de distintas formas por la movilización contrarrevolucionaria- orientado a demostrar que el golpe de Estado había venido a salvar a la nación de su derrumbe definitivo a manos de comunistas sedientos de sangre y poder<sup>43</sup>. Ese fue el norte de iniciativas de propaganda como el llamado “Plan Z”, en el que recogiendo los tópicos ya clásicos sobre la existencia de un ejército guerrillero fuertemente armado en las sombras y de una conspiración comunista para asesinar a los líderes de la disidencia, presentó el golpe militar como un salvación de último momento ante las arteras intenciones de Allende y la izquierda.

Ese tipo de montajes propagandísticos apuntaron de manera directa a soslayar la paradoja evidente de que la dictadura militar estaba haciendo todo aquello de lo cual la izquierda había sido acusada de buscar: autoritarismo, arbitrariedad, persecución y violencia contra todo disidente. A su vez, y más importante aún, esa interpretación de los acontecimientos justificaba la construcción de un nuevo orden contrarrevolucionario, delineado a trazos gruesos en la “Declaración de Principios” de marzo de

1974 y plasmado años después en la Constitución de 1980. Ese orden, como sus ideólogos civiles no se cansaron de afirmar, debía evitar a toda costa que en Chile hubiese nuevamente un proceso revolucionario de democracia radical, por lo que había que reformular la relación entre Estado y sociedad civil construida durante buena parte del siglo XX. A pesar de los deseos de integración a un nuevo esquema político y económico corporativista por parte de un segmento significativo del bloque contrarrevolucionario, la dictadura se inclinó en 1975 por un conjunto de reformas de orientación neoliberal que profundizaría hacia finales de esa década en las llamadas “modernizaciones”. La primacía del mercado como espacio de participación individual, y también los deseos de la alta cúpula militar por desmovilizar y despolitizar a la sociedad chilena, impidieron que el bloque contrarrevolucionario siguiera unido. Demócratacristianos, corporativistas y gremios pequeños y medianos, entre otros, tendrían razones de peso para alejarse del régimen hacia principios de los 1980s y, en muchas ocasiones, plegarse a la oposición democrática.

Con todo, la movilización contrarrevolucionaria fue una experiencia fundacional para el ala derecha del sistema político chileno, sobre todos para quienes no renegaron de la “obra” refundacional y represiva de la dictadura militar. Jaime Guzmán, por ejemplo, pasaría de ser el líder del gremialismo a uno de los principales ideólogos de la dictadura. Luego de la aprobación de la Constitución de 1980, en cuya redacción tuvo un rol protagónico, se abocó a la organización de nuevas orgánicas partidarias de derecha –en particular, la Unión Demócrata Independiente– que se proyectarían como referentes políticos conservadores ineludibles durante los largos años de transición a la democracia, hasta el presente. Para la derecha chilena forjada durante la dictadura militar, la contrarrevolución en tanto memoria épica de lucha anticomunista de masas, y también como proyecto y construcción de un orden contrarrevolucionario plasmado en el nuevo texto constitucional y el modelo económico neoliberal, se constituyó en una de sus principales señas de identidad.

En octubre del 2019, a casi 30 años de iniciada formalmente la transición a la democracia, el orden político y económico diseñado por la dictadura contrarrevolucionaria de Augusto Pinochet se fracturó irremediablemente. Millones de ciudadanos chilenos salieron a las calles en protesta por los abusos del mercado, la extrema desigualdad y el descrédito del sistema político. Como consecuencia, se inició en los hechos un proceso constituyente que solo la pandemia de COVID-19 ha detenido momentáneamente. La protesta social, sin embargo, fue respondida en un primer momento por el gobierno del derechista Sebastián Piñera con una brutal represión policial que distintos informes internacionales han catalogado como violaciones flagrantes a los Derechos Humanos. Más aún, el propio presidente, intelectuales conservadores y buena parte de la prensa conservadora acusaron la injerencia de “agitadores” extranjeros como explicación última de las protestas. A pesar de que la revolución no está en el horizonte político de la ciudadanía movilizada, las autoridades gubernamentales respondieron de acuerdo a su propia memoria contrarrevolucionaria en defensa de los fundamentos del modelo autoritario devenido en una “democracia semisoberana” durante los años de transición<sup>44</sup>. Por ello no es de extrañar que hayan reflatado algunos tópicos del tradicional “guión” anticomunista enarbolados tanto en la lucha contra la Unidad Popular como en la dictadura militar. A medio siglo desde la elección de Salvador Allende, quienes se movilizaron en su contra, pavimentaron el camino para la destrucción de la democracia chilena y disfrutaron del autoritarismo militar, siguen defendiendo el legado contrarrevolucionario con las armas que tan bien funcionaron durante esos años, pero que sin embargo hoy parecen mucho menos efectivas. El futuro, como siempre, aún está abierto.

<sup>1</sup> La tesis resultante de su estadía se titularía ‘The Roots and Dynamics of Revolution and Counterrevolution in Chile’. Los dos episodios están relatados en Bello, *Counterrevolution*, 39–41.

<sup>2</sup> Las mejores obras a ese respecto son Valdivia Ortiz de Zárate, *Nacionales y gremialistas*; Amorós, *Entre la araña y la flecha*; y Díaz Nieva, *Patria y Libertad*.

- <sup>3</sup> Parte importante de esta sección está basada en mis trabajos previos sobre anticomunismo en Chile. Para una visión sintética de este fenómeno, véase Casals, ‘Anticommunism in 20th-Century Chile’.
- <sup>4</sup> Patto Sá Motta, *Em guarda contra o perigo vermelho*, 15–46.
- <sup>5</sup> Existe una larga bibliografía que da cuenta de la integración política de la izquierda chilena desde los años 1930s en adelante y su rol de mediador entre el Estado y demandas populares. Véase, entre muchos otros, Pavilack, *Mining for the Nation*; Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-52*; Klubock, *Contested Communities*; Roseblatt, *Gendered Compromises*; y Arrate and Rojas, *Memoria de la izquierda chilena*.
- <sup>6</sup> Para contrastar el caso chileno con el argentino y el brasileño, véase Finchelstein, *The Ideological Origins of the Dirty War*; Cowan, *Securing Sex*; Correa, *Con las riendas del poder*; y, en perspectiva comparativa, Deutsch, *Las Derechas*. Los grupos nacionalistas chilenos han sido detalladamente estudiados por Valdivia Ortiz de Zárate, en *El nacionalismo chileno*, entre otros trabajos.
- <sup>7</sup> Sobre estos aspectos la bibliografía es abundante. Véase, entre otros, Cid y Fernández, ‘De “ridículo sainete filosófico” a “doctrina santa y elevada”’, 45–72; y Grez Toso, *De la ‘regeneración del pueblo’ a la huelga general*.<sup>8</sup> Al respecto véase González Miranda, *El dios cautivo*; y Deutsch, *Las Derechas*.
- <sup>9</sup> Weld, ‘The Spanish Civil War’, 77–115.
- <sup>10</sup> Bethell y Roxborough, ‘Latin America between the Second World War and the Cold War’, 167–89.
- <sup>11</sup> El episodio está detallado en Huneeus, *La guerra fría chilena*.
- <sup>12</sup> He estudiado el punto en Casals, “‘Chilean! Is This How You Want to See Your Daughter?’”. Véase también Power, ‘The Engendering of Anticommunism and Fear’.
- <sup>13</sup> Sobre esos procesos, véase Valdivia Ortiz de Zárate, *Nacionales y gremialistas*.
- <sup>14</sup> Esta aproximación a la contrarrevolución descansa en los trabajos de Mayer, *Furies*; Mayer, *Dynamics of Counterrevolution*; Bello, *Counterrevolution*; Grandin, ‘Living in Revolutionary Times’; y Robin, *The Reactionary Mind*, entre otros.
- <sup>15</sup> Pinto Vallejos, ‘Hacer la revolución en Chile’. Para una visión crítica de estos rasgos particulares del proyecto política de la izquierda chilena: Fernandois, *La revolución inconclusa*, 239 y ss.
- <sup>16</sup> Carter, ‘Violence, Ideology and Counterrevolution’, 109–35. Para una perspectiva de largo plazo de los conflictos sociales, políticos y raciales en la Araucanía, véase Mallon, *Courage Tastes of Blood*.
- <sup>17</sup> Corrêa De Oliveira, *Revolución y contra-revolución*.
- <sup>18</sup> Sobre Guzmán y los gremialistas, véase Cristi, *El pensamiento político de Jaime Guzmán*, capítulo 3.
- <sup>19</sup> En el acto fundacional del Frente Nacionalista Patria y Libertad el 1ero de abril de 1971, su líder Pablo Rodríguez dejó en claro el nivel de apego de la organización a una versión radical y reduccionista del “guión” anticomunista: “Somos anti-marxistas porque es un hecho indiscutible que en este instante la Unidad Popular está integralmente dominada por el Partido Comunista, el que nos lleva paulatinamente a la tiranía, a la dictadura del proletariado. Se trate de destruir a las clases sociales, a los hombres que han podido formarse un patrimonio, a la industria progresista, al comercio; en el fondo, se trata de implantar ese fenómeno extraño a nosotros que es la dictadura del proletariado sin el proletariado”. Cit. en Díaz Nieva, *Patria y Libertad*, 77.
- <sup>20</sup> Sobre los supuestos económicos del programa de la Unidad Popular, véase Bitar, *Transición, socialismo y democracia*.
- <sup>21</sup> Bello, ‘The Roots and Dynamics of Revolution and Counterrevolution in Chile’, 412.
- <sup>22</sup> Varas, *La dinámica política de la oposición*, 57 y ss; y Valdivia Ortiz de Zárate, *Nacionales y gremialistas*, 287–98.
- <sup>23</sup> Por entonces, la prensa de izquierda deslizó la opción de que el VOP en realidad fuera una organización creada por la derecha política y los organismos de inteligencia de los Estados Unidos. Aún hoy hay investigadores que no descartan esa posibilidad. Al respecto véase Winn, ‘The Furies of the Andes’, 254.
- <sup>24</sup> Palieraki, ‘Las manifestaciones callejeras’, 10–12.

- <sup>25</sup> La marcha y la participación femenina conservadora contra Allende han sido detalladamente estudiados por Power, *Right-Wing Women in Chile*.
- <sup>26</sup> Campero, *Los gremios*, 59.
- <sup>27</sup> Con todo, Washington estaba consciente de la popularidad de las demandas tercermundistas de Allende, por lo que -como ha demostrado Tanya Harmer- su política fue mucho más vacilante de lo que comúnmente se cree, al menos mientras no pudiera justificar convincentemente su embestida contra el experimento chileno. Harmer, *Allende's Chile*, capítulo 4.
- <sup>28</sup> Winn formuló estas categorías en su clásico estudio sobre los obreros de la industria textil Yarur *Weavers of Revolution*; y años después los matizaría en *La revolución chilena*, reconociendo las múltiples interacciones entre ambas dimensiones.
- <sup>29</sup> El consumo fue una arena de combate clave en el conflicto político durante la Unidad Popular, y su tratamiento detallado está más allá de los límites de este ensayo. Al respecto véanse investigaciones recientes como las de FrensString, 'Communists, Commissars, and Consumers; y Espinosa Muñoz, 'La batalla de la merluza', 31-54.
- <sup>30</sup> Amorós, *Entre la araña y la flecha*, 183.
- <sup>31</sup> Díaz Nieva, *Patria y Libertad*, capítulo 3.
- <sup>32</sup> Alan Angell, 'Social Class and Popular Mobilisation', 22 y ss.
- <sup>33</sup> Sobre la prensa (incluyendo la de izquierda) en tanto factor polarizador del conflicto político, véase Dooner, *Periodismo y política*.
- <sup>34</sup> La naturaleza y los alcances del 'poder popular' fue uno de los grandes debates al interior de la izquierda. Una aproximación general a este tema puede encontrarse en Gaudichaud, *Chile, 1970-1973*. Sobre los cambios radicales en la utilización del espacio público durante el paro de octubre: Trumper, *Ephemeral Histories*, capítulo 3. <sup>35</sup> Jaime Guzmán, líder del movimiento gremialista de la Universidad Católica, fue quien elaboró con más sistematicidad esta línea de interpretación. Coincidente con su corporativismo antimarxista y antiliberal, vio en la movilización de los gremios la emergencia de una nueva forma de organización del Estado, basado ahora en los "cuerpos intermedios" donde radicaría la verdadera participación social, desplazando a la política a cuestiones de administración del Estado. Se evitaba así lo que entendía era la perturbadora acción de los partidos políticos que, entre otras cosas, había abierto las puertas al "marxismo" al poder estatal. Al respecto véase Valdivia Ortiz de Zárate, *Nacionales y gremialistas*, 348-52.
- <sup>36</sup> Harmer, *Allende's Chile*, 182-83.
- <sup>37</sup> Según las investigaciones de Tanya Harmer, hay evidencia de que el régimen brasileño apoyó con dinero y armas a la oposición más radical a Allende -entre ellos, a Patria y Libertad- a la vez que mantuvo contactos permanentes con militares chilenos en preparación de un golpe de Estado. Para los contrarrevolucionarios chilenos, además, la "solución brasileña" comenzó a ser cada vez más atractiva, y a finales de 1972 y con más fuerza aún durante 1973 los llamados a una intervención militar empezaron a formularse directamente, sobre el entendido de que Chile corría un peligro inminente de convertirse en una dictadura comunista. Harmer, 'Brazil's Cold War in the Southern Cone'.
- <sup>38</sup> Bevins, *The Jakarta Method*, capítulo 9.
- <sup>39</sup> Rojas Flores, 'Los estudiantes secundarios'.
- <sup>40</sup> Winn, *La revolución chilena*, 117-18.
- <sup>41</sup> Roxborough, Roddick, y O'Brien, *Chile: The State and Revolution*, 210.
- <sup>42</sup> Campero, *Los gremios*, 77.
- <sup>43</sup> Stern, *Remembering Pinochet's Chile*, capítulos 1 y 4.
- <sup>44</sup> Sobre la transición en perspectiva crítica, véase Huneeus, *La democracia semisoberana*.

#### Referencias bibliográficas

- Amorós, Mario. *Entre la araña y la flecha. La trama civil contra la Unidad Popular*. Santiago: Ediciones B, 2020.
- Angell, Alan. 'Social Class and Popular Mobilisation in Chile: 1970 -1973'. *A Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina* 7, no. 2 (2010): 1–51.
- Bello, Walden. *Counterrevolution: The Global Rise of the Far Right*. Rugby, UK: Practical Action Publishing, 2019.
- Bello, Walden F. 'The Roots and Dynamics of Revolution and Counterrevolution in Chile'. Tesis de doctorado en Sociología, Princeton University, 1975.
- Bethell, Leslie, and Ian Roxborough. 'Latin America between the Second World War and the Cold War: Some Reflections on the 1945-8 Conjuncture'. *Journal of Latin American Studies* 20, no. 1 (1988): 167–89. <https://doi.org/10.1017/S0022216X00002522>.
- Bevins, Vincent. *The Jakarta Method: Washington's Anticommunist Crusade and the Mass Murder Program That Shaped Our World*. New York: PublicAffairs, 2020.
- Bitar, Sergio. *Transición, socialismo y democracia: la experiencia chilena*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1979.
- Campero, Guillermo. *Los gremios empresariales en el período 1970-1983: comportamiento sociopolítico y orientaciones ideológicas*. 1a. ed. Santiago: ILET, 1984.
- Carter, Daniel. 'Violence, Ideology and Counterrevolution: Landowners and Agrarian Reform in Cautín Province, Chile, 1967–73'. *Journal of Latin American Studies* 51, no. 1 (febrero 2019): 109–35.
- Casals, Marcelo. 'Anticommunism in 20th-Century Chile: From the "Social Question" to the Military Dictatorship'. En *Oxford Research Encyclopedia of Latin American History*. Oxford University Press, 2019. <https://doi.org/10.1093/acrefore/9780199366439.013.666>.
- . "'Chilean! Is This How You Want to See Your Daughter?'" The Cuban Revolution and Representations of Gender and Family during Chile's 1964 Anticommunist "Campaign of Terror". *Radical History Review* 2020, no. 136 (1 January 2020): 111–27. <https://doi.org/10.1215/01636545-7857295>.
- Cid, Gabriel, and Camilo Fernández. 'De "ridículo sainete filosófico" a "doctrina santa y elevada": los conceptos de socialismo y comunismo en el debate público chileno del siglo XIX'. *Historia* 53, no. I (junio 2020): 45–72. <http://dx.doi.org/10.4067/S071771942020000100045>.
- Cristi, Renato. *El pensamiento político de Jaime Guzmán: una biografía intelectual*. Santiago: LOM Ediciones, 2011.
- Correa, Sofía. *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX*. Santiago: Editorial Sudamericana, 2005.
- Cowan, Benjamin A. *Securing Sex: Morality and Repression in the Making of Cold War Brazil*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2016.
- De Oliveira, Plinio Corrêa. *Revolución y contra-revolución*. Santiago: Paulinas, 1964.
- Deutsch, Sandra McGee. *Las Derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*. Stanford, Calif: Stanford University Press, 1999.
- Díaz Nieva, José. *Patria y Libertad. El nacionalismo frente a la Unidad Popular*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2019.
- Drake, Paul W. *Socialism and Populism in Chile, 1932-52*. Urbana: University of Illinois Press, 1978.
- Dooner, Patricio. *Periodismo y política: la prensa política en Chile, 1970-1973*. Santiago: Andante, 1989.
- Espinosa Muñoz, Francisca. "'La batalla de la merluza': Política y consumo alimenticio en el Chile de la Unidad Popular (1970-1973)". *Historia* 51, no. I (julio 2018): 31–54. <http://dx.doi.org/10.4067/s0717-71942018000100031>.
- Fernandois, Joaquín. *La revolución inconclusa : la izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*. Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2013.

- Finchelstein, Federico. *The Ideological Origins of the Dirty War: Fascism, Populism, and Dictatorship in Twentieth Century Argentina*. Oxford University Press, 2014.
- Frens-String, Joshua. 'Communists, Commissars, and Consumers: The Politics of Food on the Chilean Road to Socialism'. *Hispanic American Historical Review* 98, no. 3 (agosto 2018): 471–501. <https://doi.org/10.1215/00182168-6933567>.
- Gaudichaud, Franck. *Chile, 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo. Poder popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende*. Santiago: LOM Ediciones, 2016.
- González Miranda, Sergio. *El dios cautivo: las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910 - 1922)*. Santiago: LOM Ediciones, 2004.
- Grandin, Greg. 'Living in Revolutionary Times: Coming to Terms with the Violence of Latin America's Long Cold War'. En *A Century of Revolution: Insurgent and Counterinsurgent Violence During Latin America's Long Cold War*, edited by Greg Grandin and Gilbert M. Joseph. Durham: Duke University Press, 2010.
- Grez Toso, Sergio. *De la 'regeneración del pueblo' a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1997.
- Harmer, Tanya. *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011.
- . 'Brazil's Cold War in the Southern Cone, 1970–1975'. *Cold War History* 12, no. 4 (noviembre 2012): 659–81. <https://doi.org/10.1080/14682745.2011.641953>.
- Huneus, Carlos. *La democracia semisoberana: Chile después de Pinochet*. Santiago: Taurus, 2014.
- . *La guerra fría chilena: Gabriel González Videla y la Ley Maldita*. Santiago: Random House Mondadori S.A., 2009.
- Klubock, Thomas Miller. *Contested Communities: Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951*. Durham, N.C.: Duke University Press, 1998.
- Mallon, Florencia E. *Courage Tastes of Blood: The Mapuche Community of Nicolás Ailio and the Chilean State, 1906-2001*. Durham: Duke University Press, 2005.
- Mayer, Arno J. *Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1956: An Analytic Framework*. New York: Harper & Row, 1971.
- Mayer, Arno J. *Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2013.
- Palieraki, Eugenia. 'Las manifestaciones callejeras y la experiencia de la Unidad Popular (1970-1973)'. *Pensamiento Crítico. Revista electrónica de Historia* 2 (2003).
- Pavilack, Jody. *Mining for the Nation: The Politics of Chile's Coal Communities from the Popular Front to the Cold War*. University Park, Pa: Pennsylvania State University Press, 2011.
- Pinto Vallejos, Julio. 'Hacer la revolución en Chile'. En *Cuando hicimos historia: las experiencias de la Unidad Popular*, edited by Julio Pinto Vallejos. Santiago: LOM Ediciones, 2005.
- Power, Margaret. *Right-Wing Women in Chile: Feminine Power and the Struggle Against Allende, 1964-1973*. University Park, Pa: Pennsylvania State University Press, 2002.
- . 'The Engendering of Anticommunism and Fear in Chile's 1964 Presidential Election'. *Diplomatic History* 32, no. 5 (November 2008): 931–53. <https://doi.org/10.1111/j.14677709.2008.00735.x>.
- Robin, Corey. *The Reactionary Mind: Conservatism from Edmund Burke to Sarah Palin*. New York: Oxford University Press, 2011.
- Rojas Flores, Jorge. 'Los estudiantes secundarios durante la Unidad Popular, 1970-1973'. *Historia* 42, no. 2 (2009): 471–503. <http://dx.doi.org/10.4067/S071771942009000200005>.

- Roseblatt, Karin Alejandra. *Gendered Compromises: Political Cultures & the State in Chile, 1920-1950*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2000.
- Roxborough, Ian, Jacqueline Roddick, and Philip J O'Brien. *Chile: The State and Revolution*. London: MacMillan Press, 1977.
- Sá Motta, Rodrigo Patto. *Em guarda contra o perigo vermelho: o anticomunismo no Brasil, 1917-1964*. São Paulo, SP, Brasil: Editora Perspectiva : FAPESP, 2002.
- Stern, Steve J. *Remembering Pinochet's Chile: On the Eve of London, 1998*. Durham: Duke University Press, 2004.
- Trumper, Camilo D. *Ephemeral Histories: Public Art, Politics, and the Struggle for the Streets in Chile*. Oakland, California: University of California Press, 2017.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica. *El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular: (1938-1952)*. Santiago: Universidad Católica Blas Cañas, 1995.
- . *Nacionales y gremialistas: el 'parto' de la nueva derecha política chilena, 1964-1973*. Santiago: LOM Ediciones, 2008.
- Varas, Augusto. *La dinámica política de la oposición durante el gobierno de la Unidad Popular*. Documento de trabajo. Santiago: FLACSO, 1977.
- Weld, Kirsten. 'The Spanish Civil War and the Construction of a Reactionary Historical Consciousness in Augusto Pinochet's Chile'. *Hispanic American Historical Review* 98, no. 1 (febrero 2018): 77–115. <https://doi.org/10.1215/00182168-4294468>.
- Winn, Peter. *La revolución chilena*. Santiago: LOM Ediciones, 2014.
- . 'The Furies of the Andes. Violence and Terror in the Chilean Revolution and Counterrevolution'. En *A Century of Revolution: Insurgent and Counterinsurgent Violence During Latin America's Long Cold War*, edited by Greg Grandin and Gilbert M. Joseph. Durham: Duke University Press, 2010.
- . *Weavers of Revolution: The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*. New York: Oxford University Press, 1986.